

rar su palacio, y se encerró en él, aguardando los acontecimientos. El general Radet llegó hasta la persona del Papa escalando las murallas. La seguridad y el carácter del Pontífice romano exigian que se justificase la violacion de su palacio, y de no oponer despues resistencia ninguna. Pio VII subió con Radet en una carretela y salió como un reo de estado escoltado por la gendarmería. Así Joaquin, sin tener autorizacion de Napoleon, intentó dar fin á la lucha entre los dos poderes que entonces dominaban solos á la Europa. El Papa ganó con esta violencia impolítica y odiosa la corona del martirio. La tiara pareció mas sagrada, aunque menos temible, luego que el Sumo Pontífice no residió en Roma; esta capital del mundo cristiano, acordándose sin duda de todas las vicisitudes de la historia, vió con impasibilidad y casi sin conmoverse, la salida de su soberano; concibió la esperanza de volverá ser la capital de la Italia entera, bajo el cetro de un príncipe imperial de Francia, y consentia en sacrificar el vano título de metrópoli del mundo cristiano, que Paris adquiria de resultas de la batalla de Wagram. Roma pues se despidió del Papa, no solo como de un mo-

narca, sino como de un gobierno á quien no debia volver á ver. Con todo, la alta Italia se arrodilló en todas partes al paso del Papa que llegó á Grenoble bendiciendo las poblaciones. Tuvo el triunfo de la santidad y de la persecucion. Los pueblos postrados en el camino, no sabian que este augusto infortunio no era sino un sacrificio enteramente mundano, hecho en defensa de intereses puramente temporales y resultantes de la guerra poco religiosa declarada el 10 de junio, con la excomunion lanzada contra Napoleon.

La violencia hecha al papa en su propio palacio, asilo violado en otros tiempos por otros príncipes católicos y tambien por la nobleza romana, puede dar una idea del poder de Napoleon. Los reyes tenientes del Emperador de los Franceses, miraban como un acto sencillo y como una aplicacion de sus atribuciones, derribar el trono pontifical y arrestar al Sumo Pontífice. No queda en el dia ninguna duda sobre quien fue el autor de este acontecimiento. Se sabe como Napoleon ejecutaba sus resoluciones; si hubiese podido concebir el proyecto de echar al Papa de su capital; no hubiera dado semejante encargo á la gendar-

mería, y, á pesar del carácter de iniquidad de esta determinacion, hubiera guardado las formalidades de la política. Todo se hubiera dispuesto para el viaje de Su Santidad, y se hubiera avisado á los altos funcionarios de Italia. El golpe de estado se hubiera tapado con la pompa imperial, y los honores tributados en el viaje al augusto prisionero hubieran calmado, y acaso ilustrado, la sorpresa de los pueblos. En lugar de eso, el Papa fue hasta Grenoble sin parar, y sin haber recibido los honores de oficio, atravesando como un mero prisionero, los Estados de Toscana donde reinaba una hermana de Napoleon, y el Piamonte administrado por su cuñado. La gran duquesa Elisa y el príncipe Camilo Borghese no habian recibido aviso del paso del augusto cautivo; esta sola observacion basta para disipar las acusaciones dirigidas contra el guerrero que contestaba á los rayos del Vaticano con los rayos de Wagram; en efecto, la excomunion del 10 de junio pudo mirarse como el complemento del boletín de Viena sobre la batalla de Essling. La Francia habiéndose sustraído durante el curso de su revolucion al poder pontifical, el gabinete de Viena halló desde

el principio una aliada mas que adicta en la corte de Roma. Los tratados del Papa y del Austria con el gobierno frances y la coronacion de Napoleon, no interrumpieron esta alianza; el cardenal Albani siguió en Viena, durante mas de veinte años, los intereses públicos ó ocultos de la alianza, y no volvió á Roma hasta despues de la caida de Napoleon. Por irritado que se mostrase Napoleon en el interior del palacio de Schoenbrunn, cuando supo la salida del Papa, discurrió que no podía desmentir publicamente á su cuñado, ni cargar la débil cabeza del dignitario de la corona napolitana con un delito que hubiera sublevado contra él sus mismos vasallos, alterado el influjo frances sobre la Italia, y dejado sin apoyo en Roma al gobierno provisional y unicamente civil de la consulta. Napoleon, por otra parte, viendo tanta audacia en esta accion, juzgó con razon que la Europa se la atribuiria exclusivamente. Admitió la responsabilidad con su silencio, como lo habia hecho cuando la catástrofe del duque de Enghien; las órdenes de Schoenbrunn llegaron luego á Grenoble, y el 12 de agosto, el Papa fue trasladado al palacio episcopal de Savona. Se le señalaron

cien mil francos mensuales y se le destinó una servidumbre de la casa imperial; el general Cesar Berthier, hermano del príncipe de Neufchatel, fue nombrado gefe del palacio pontifical. Pero Pio VII no quiso admitir sino el cuarto que ocupaba, y reusó los cien mil francos; reusó igualmente la catedral de Savona que se habia constituido en capilla papal. Llamó la atencion por el desprecio de la pompa con que un enemigo queria honrar su cautiverio. Volvió á la vida monástica, y con su modesto oratorio, hizo contra Napoleon dueño de Viena una guerra de milagros. Desde allí combatió todas las disposiciones que tomaba el Emperador, relativas al clero, y encadenaba con sus decisiones los antiguos y los nuevos titulares de las sedes episcopales de Francia. Por esta oposicion inalterable, Napoleon se vió en la precision de proveer al gobierno de la Iglesia con unos vicarios apostólicos, y de formar cerca de su persona una alta comision eclesiastica. Entretanto, una propaganda activa y secreta obraba desde Savona y se insinuaba por entre las pompas y los troféos del grande imperio; luego halló un asilo en una de las metrópolis, en Leon, donde la traycion

introdujo las bulas y las venganzas de la Santa Sede; este delito se descubrió mas tarde y se reprimió sin castigo. De manera que, en 1809, nada faltó á la escena de la edad media; hubo excomunion, violencia, cautiverio, milagros y traycion

La Península ibérica era el teatro de otra lucha. El 17 de junio, el general Suchet destruyó completamente, en el combate de Belchite, al general Blake, á quien habia batido ya, el 15, delante de Zaragoza. El 28 de julio, José á quien Napoleon no habia dejado su genio militar, hizo un ensayo desgraciado de sus armas en Talavera de la Reina, donde el mariscal Victor atacó á sir Arthur Wellesley con un ejército demasiado débil, por no aguardar á los mariscales Soult, Ney y Mortier segun estaba convenido. El rey José, sin embargo tenia por mayor general y consejero al mariscal Jourdan; este príncipe no se acordó de que no tenia derecho para comprometer su fortuna militar en una guerra en que unos felices sucesos continuos podian solos sostener su fortuna política. Wellesley perdió seis mil hombres, y el rey algunos menos. La victoria quedó indecisa, supuesto que los Fran-

ceses durmieron sobre el campo de batalla. Con todo, el 9 de agosto, á la llegada de su correo, Wellesley fue nombrado vizconde de Wellington de Talavera, á pesar de que sehubiese visto obligado á abandonar cinco mil heridos. A tres leguas de allí, el 8 de agosto, el mariscal Soult con los cuerpos de Ney y de Mortier pasó el Tajo arriba del puente del Arzobispo. El mismo dia el mariscal Victor sorprendió el paso del mismo rio al duque de Albuquerque, y el 21, el general Sebastiani destruyó en Almonacid el ejército de Venegas. El 19 de noviembre, el mariscal Mortier á la cabeza de veinte y cinco mil hombres, batió completamente en Ocaña, cerca de Aranjuez, el ejército de los insurgentes compuesto de cincuenta mil hombres. La ocupacion de los desfiladeros de la Sierra-Morena abrió la Andalucia á los Franceses, y la victoria de Ocaña decidió la invasion de aquella provincia. El 25, á cinco leguas de Salamanca, el general Kellermann empenó la brillante accion de Alba de Tormes, y batió con algunos regimientos de caballería un ejército español numeroso, cogiéndole toda su artillería. En fin, despues de cinco meses de un sitio memorable, conducido

con mucha destreza por el general Gouvion San-Cyr, la fuerte plaza de Gerona capituló y se entregó el 10 de diciembre, al mariscal Augereau, con doscientos cañones que estaban dentro de la ciudad.

La victoria de Ocaña que pacificaba el mediodia de la España, produjo, sin embargo, un mal resultado. Este suceso tan importante entonces, detuvo á Napoleon, que, desde las noticias de Talavera, tenia resuelto ir á tomar en persona la direccion de la guerra. La guardia imperial estaba ya andando; la vanguardia habia llegado á Burdeos, la caballería estaba en Poitiers, y la infantería con la artillería iban á pasar el Loire. Cien mil hombres se dirigian sobre los Pirineos. El Emperador se proponia batir separadamente el ejército inglés acantonado hácia Badajoz, y el ejército español reunido en la Mancha. El motivo de estas operaciones era la ocupacion de Cadiz y de Lisboa. Prescindiendo del influjo que la presencia del vencedor de Wagram debia tener sobre sus enemigos de la Península, hubiera bastado para ahogar todas las rivalidades entre los gefes. El mariscal Soult habia reemplazado, como mayor general del ejército,

al mariscal Jourdan, que habia logrado despues de repetidas instancias volver á Francia. El ejército vió con sentimiento alejarse uno de sus mas antiguos é ilustres capitanes. José no tenia sobre los mariscales esta autoridad del ingenio que, bajo los ojos de Napoleon, les hacia olvidarse de su ambicion y de sus rivalidades.

El 14 de enero de 1810, despues de haber hablado de la sentencia de un ayudante mayor del 18º de dragones, convicto de haber tenido inteligencias con el general Wellesley en Portugal; *el Monitor*, añadia: « Con este motivo se han esparcido voces injuriosas sobre » el duque de Dalmacia. Nos hallamos autorizados para declarar que son del todo falsas. » S. M. no ha cesado de tener confianza en la » fidelidad y los buenos sentimientos del duque de Dalmacia; dándole una nueva prueba » de ella, nombrándole mayor general de sus » ejércitos de España. »

Esta insercion impuso silencio á una calumnia acreditada entonces. Se decia que el mariscal Soult habia querido proclamarse rey de Portugal, bajo el nombre de Nicolas Iº, y se añadia que la proclama se habia hecho ya en

Lisboa y Oporto donde habia habido besamanos. Esta fábula se sostuvo algun tiempo por que era absurda. Los hombres de juicio bien sabian que Alejandro no habia tenido sucesor sino despues de su muerte, y que Napoleon no animaba á sus tenientes á heredar, mientras viviese, de ninguna de sus conquistas. Sea lo que fuere, esta anécdota, inventada por una mala voluntad ciega y apasionada, da una idea del espíritu que reinaba entonces en los ejércitos franceses de la Península.

El pabellon británico habia sido mas feliz en los mares occidentales y sobre las costas de Francia, que en las bocas del Escalda y en los mares de Nápoles. Los Ingleses obligaron al capitán general Villaret Joyeuse á capitular, el 14 de febrero, en la isla de la Martinica. El general Ferrand, con unos pocos Franceses, habia logrado mantenerse durante cinco años en Santo Domingo contra la insurreccion triunfante de los negros; pero, acometido á la vez por los habitantes españoles y por los Ingleses, tuvo que admitir, el 7 de julio, un convenio cuyo resultado fue la caída de la última bandera francesa en la isla de Santo Domingo. El 14 de julio, nuestros establecimientos del

Senegal, se rindieron igualmente á las fuerzas británicas. Estas hazañas de la marina inglesa son de poca importancia, comparadas á sus desgracias en los puntos donde hallaron resistencia, como sucedió sobre las costas de Nápoles, en las bocas del Escalda, en el Bósforo y en el Egypto.

Los verdaderos sucesos de la Inglaterra en 1809 son puramente marítimos. Así es que en el combate del 12 de abril, delante de la isla de Aix, de catorce navíos franceses fondeados bajo el fuego de las baterías, y atacados por una escuadra inglesa, seis dieron á pique, otros seis fueron quemados, y dos solamente lograron escaparse subiendo el Charente; el enemigo no perdió ni un solo buque. El contra almirante Baudin experimentó igual desgracia sobre las costas del departamento del Herault, donde escoltaba un comboy, se vió precisado á dar á pique y á quemar dos de sus navíos. El comboy se refugió en la bahía de Rosas. Es cierto que, á pesar de los esfuerzos de Napoleon, y aunque se haya visto al momento de asegurarse el imperio del mundo, con una grande expedicion marítima, se puede decir que la marina francesa no so-

brevivió á Luis XVI que la puso en un pie tan glorioso en ambos hemisferios. La Inglaterra acabó de vengarse de este príncipe y de la Francia en Quiberon, cuyo desastre se la echará siempre en cara, como el delito mas odioso y la traicion mas inicua.

